

# Cavia y Zaragoza

El gran maestro de periodistas Mariano de Cavia ha muerto.

El sentimiento en la intelectualidad española ha sido unánime y profundo.

La prensa toda ha reconocido en Cavia el gran académico de la lengua de Cervantes.

Su ciudad natal, con gesto noble y altivo, ha recogido en su seno las cenizas del que tantas veces la ensalmó. A Mariano de Cavia se le han rendido honores merecidos, pero el pueblo no ha sabido comprender las dotes preciadas que adornaban al gran filólogo español.

Tratándose de Cavia, del periodista que supo ridiculizar tantos actos ensalzados por sus colegas, por que aquellos actos no se ajustaban a la verdad, no debe ser factible escribir falseando.

Los hechos cuando con él se relacionan, y las informaciones publicadas, en la capital aragonesa, y transmitidas desde esta ciudad, al resto de la prensa española son una enorme farsa de la realidad.

Llegó a la estación, el coche que conducía los restos de Cavia, unas comisiones compuestas, por seis individuos esperaban su llegada, un público cuyo número no pasaba de ocho, contando con el que esto escribe, aguardaba rendir homenaje de quietitud y admiración al que fué su maestro.

Bajo no sé que pretexto, el coche no se retiró de los demás del convoy en el momento de su llegada cómo era de esperar, sino que por el contrario, se le obligó a hacer maniobras con los demás vagones sin tener en cuenta para nada la falta de respeto y reverencia que el obrar así suponía.

Como ésto no podía consentirse, el escaso público que había se bastó para apoderarse del coche, y arrastrándolo por sus propias fuerzas lo separó de los demás, evitando de este modo se consumiera el cáliz de la irreverencia.

La caja mortuoria no era una mercancía a tener con las demás, ya estaba a cubierto de la influencia destructora de los rayos del sol, ya los carreros profanarían con violentas palabras aquel sagrado recinto.

Pero el coche aún permanecía cerrado. Los mismos que antes lo retiraron a sitio más apropiado, ante la negativa de la entrega oficial se encargaron de romper los precintos y descerrar la puerta.

Apareció la caja, y la llave facilitada por el director de «El Sol», sirvió para dejar al descubierto el cadáver de Cavia.

Se organizó un turno de custodia, más apesar de esto, hubo un momento en que el cadáver hubiese quedado abandonado a no ser por la voluntad propia y desinteresada de los de allí congregados.

Fué aquel en que los comisionados se hallaran desayunando en la fonda de la estación.

A partir de este momento los actos estuvieron mejor organizados.

El pueblo aragonés no conocía a Mariano de Cavia. En la Exposición que se le hizo en la facultad el elemento que más predominó fué el sexo femenino.

La hora de la conducción del cadáver fué de desprestigio para esta hidalga ciudad aragonesa.

Sin público que asistiera a la conducción del cadáver y sólo con el acompañamiento de las Comisiones oficiales atravesó la comitiva fúnebre las calles de la ciudad. Puede dar idea de esta verdad el hecho de que sólo concurren 29 coches. Ni aun siquiera existió ese entusiasmo de expectación que lleva consigo el sentimiento popular. Escaso número de público presenció el paso del féretro.

Fué un fracaso, a Mariano de Cavia no se le conocía en Zaragoza y es que Cavia ni fué político, ni torero ni artista vulgar. Mariano de Cavia está por encima de esta populachería. Mariano de Cavia era un sabio para los que emborronamos cuartillas, la ciencia de Mariano de Cavia era inmensa; sobrepujnaba a la de la más grande de la intelectualidad.

¿Para qué se pidió el traslado de sus restos? En Madrid, sólo con el número de periodistas, que le habrían rendido homenaje póstumo hubieran enaltecido mejor su memoria.